

Silvia Hidalgo nació en 1978 en Sevilla. Es titulada en Ingeniería Informática por la Universidad de Sevilla. Desde entonces ejerce su profesión en el marco de las Telecomunicaciones y la Sociedad de la Información. Fue en 2012 cuando comenzó a desarrollar su pasión por la escritura. Desde entonces se ha orientado hacia el mundo del microrrelato y el relato, aunque actualmente lo compagina con su primera novela.

Silvia Hidalgo

Sevilla, 1978

Quinto Accésit

LA CROMÁTICA UNIVERSITARIA

Aquel jueves me levanté como un jueves más, sin pensar que llegaría la noticia más temida.

Me dirigí a la Escuela, y como siempre llegué un rato antes porque después se me hace imposible dejar la moto bajo la sombra y cuando el Lorenzo empieza a apretar en Córdoba a ver quién es el guapo que se sienta en el cuero a doscientos grados, es como para quedarse estéril en el momento.

El primero que me crucé fue a Pablo, un alumno de tercer curso. Se ve que sus padres debieron regalarle el cochazo que lleva y se ve que tampoco le gusta dejarlo en cualquier sitio.

De todas formas, en esta época de exámenes son muchos los alumnos que deciden venir a primera hora para coger sitio en la sala de estudio. Como con todo, termina convirtiéndose en un ritual. Hay fieles de los de todo el año, los hay que solo asisten a las fiestas de guardar, también hay quienes son más de Ángelus y quienes prefieren la misa del Gallo. También están los que

aprovechan el recogimiento y los que solo vienen a dejarse ver, pero lo cierto es que en estos días se palpa la energía nerviosa por los pasillos.

Como cada día, abrí la conserjería, encendí las luces pero no levanté la ventanilla, nunca la abro hasta mi hora. Al poco llegó la Señorita Navarro. La Señorita Navarro está a punto de jubilarse pero se empeña en que la llamen así, supongo que llega un momento en que es tarde para aceptar que eres una señora. Siempre que se acerca la precede el martilleo de sus tacones por el pasillo y al abrir la puerta invade el espacio con el olor de su perfume, perfume de señora.

-¡Buenos días Señorita Navarro!

-¡Buenos días Martín! -Que soy yo.

-Bueno, ya queda menos.

-¿Menos para qué?

-Para el viernes, ¿para que va ser?

Pero lo cierto es que mis viernes no tienen nada de especial. De hecho no me gustaban demasiado porque Eva no tiene clase los viernes y es raro que venga al despacho. Me preocupó un poco que la Señorita Navarro tuviera planes más excitantes que los míos aun doblándome la edad, aunque determiné que probablemente le gustara quedarse en casa leyendo novelas de amor y viendo cine rancio, supongo que eso es lo que hacen las señoritas sesentonas, aunque tampoco soy un experto ni mucho menos.

Abrí la ventanilla y a los dos minutos apareció como un reloj, como un reloj de pie antiguo modelo inglés, Rafael Ortiz, profesor de tercer curso de Programación. Como cada día me dio los buenos días y me pidió las llaves del laboratorio, lo hizo arrastrando cada sílaba al hablar como lo hacía con los pies al caminar. Parecía que le pesara el alma. Llevaba una camisa de manga larga por lo que supuse no debía quedarle ninguna limpia de mangas cortas. Se notaba que no se afeitaba por lo menos desde el domingo y esa mañana creo que ni se había peinado. Cogió las llaves y las alzó como gesto de agradecimiento para luego marcharse hacia su altar sagrado.

Llamé al sindicato por si sabían algo sobre el concurso de plazas del próximo curso y me dijeron que las listas saldrían durante la mañana. Aún me quedaban dos horas de esperanzas.

Y comenzó la marabunta, una marabunta con exceso de hormonas, transaminasas altas, voces chillonas y un vestuario como para provocar un ataque epiléptico. Chicas y chicos, también alguna “chica-chico” y algún “chico-chica”, de todos los tamaños y colores. La mayoría me saludan, me dan los buenos días, un hola, levantan una mano, o me mandan una sonrisa con sonido gutural. Yo suelo limitarme a un levantamiento breve de cejas y comisuras o no podría hacer nada más en la mañana.

Estaba imprimiendo las calificaciones que me habían pasado de un par de exámenes para colgarlas en el tablón de anuncios.

-¡Buenos días Martín! ¿Señorita Navarro?

Cuando levanté la vista ya había pasado, era Eva, mi Eva. Es profesora de Lógica Matemática, pero ante todo es un ser maravilloso, la criatura más dulce de esta selva. Tendría que esperar a la hora del desayuno para volver a verla.

Salí de la conserjería con la sentencia sobre algunos alumnos en mis manos. En estas fechas me convierto en el portador de malas noticias, también de buenas, pero de esas nadie se acuerda de quién se las dio. Nada más salir se me acerca Lucía. Lucía es una estudiante de segundo curso y es la típica chica guapa que estudia una carrera de este tipo para demostrar al mundo que también es inteligente, porque se ve de lejos que no le interesa en absoluto, siempre está sacando libros de la biblioteca sobre cualquier otra cosa y en el fondo puede que anhele dedicarse finalmente a algo distinto. Pero me pregunta qué notas voy a colgar “¿alguna de segundo?”. Le sonrío y la hago sufrir un rato, al menos así voy bien acompañado por el pasillo y pienso que tal vez Eva me vea en esa situación y me incluya en el plano “hombres”. Porque las chicas son muy complicadas y mientras para nosotros las mujeres son mujeres, ellas tienen un sinfín de habitáculos donde reparten a los hombres que conocen. De mi experiencia he aprendido que el peor es el de “amigo”, porque de ahí es imposible saltar al de “hombre”. En cambio sí puedes saltar desde el de “compañero de trabajo”, “tío que te cae mal”, “vecino” e incluso “novio de tu amiga”, pero nunca desde el de “amigo”, así

que yo soy simpático con Eva pero por ejemplo nunca la invito a desayunar en la cafetería o puede que entre el abismo.

Colgué las notas y mientras las colocaba Lucía vio que había aprobado y se puso tan contenta que me abrazó. Olía a vainilla, no como un helado, más bien como una natilla con galletas. Me entró hambre y me fui a desayunar. Siempre desayuno en la cafetería de la Escuela, antes lo hacía en un bar de fuera pero terminaba desayunando con la Señorita Navarro y no es que no disfrute de su compañía, pero creo que seis horas y media con una persona son suficientes, ni siquiera un matrimonio saldría exitoso de algo así. Y debo ser sincero y asumir que fui adaptando en lo posible mi horario al de Eva. Aunque aquel día llegué un poco antes y me senté de espaldas a la puerta porque me pone nervioso los gestos de idiota que se ponen cuando ves venir a alguien de lejos. Al rato pasó por mi lado.

-¡Hola Eva!

-¡Hola! ¿Te importa que deje esto aquí? – Mientras dejaba el bolso en la silla frente a mí.

-No, claro. Sin problema.

-Voy a pedir.

Y se sentó frente a mí con su tostada de mantequilla y su café con leche. El café con leche tenía el mismo color que sus ojos, en realidad, sus ojos tienen un poco más de leche, pero de leche condensada. Eva no es un mujerón de volverse a mirarla, es menudita y tiene una belleza sutil, pero tiene una armonía cromática que roza bastante la perfección. Su piel, ojos, dientes, labios, cabello... tienen el tono que deberían tener. A mí, que me gusta mucho la fotografía, me gustan las fotos de la gente en blanco y negro porque normalmente quedan mejor y es que a veces lo que les falla no son los rasgos sino los colores. Pero Eva tiene incluso una voz con un color a tono y sus palabras salen pintadas por él, y te acarician y nunca te molestan.

-¿Cómo van esos exámenes? –Le pregunté.

-Corrigiendo el último.

-Debe ser lo peor ¿no?

-Es bastante cansino, pero puede que lo peor sean las revisiones.

-¿Y eso?

-Todos esos chicos llorándote, rogándote, suplicándote medio punto. Es bastante duro.

-¿Y consiguen ablandarte? -Y me la imagino sobre una nube, una nube de algodón de azúcar rosa.

Se ríe.

-Cuando veo que me he equivocado, que también pasa alguna vez. Por eso los reviso un par de veces al menos. Me da una vergüenza terrible suspender a alguien por error. Solo me ha pasado una vez, pero la chica se puso en plan histérico y no me culpó de lo de Nagasaki de milagro.

Reímos los dos.

-Gajes del oficio supongo-continuó.

Estuvimos hablando un rato más y me marché porque había terminado de desayunar y me pareció un poco sospechoso quedarme allí viéndola comer.

Cuando volví llamé de nuevo y me indicaron que habían publicado el concurso. Entré en la página con una desesperada esperanza y un terrible temor, que se solidificó en la línea treinta y cuatro donde aparecía mi nombre y mi destino. El próximo año me iba a la Facultad de Derecho. Alguien con más puntos se había llevado mi plaza y con ella mi espacio común con Eva.

-¡Eh, Martín! -Gritaba Lucas, un friki de segundo.

-Dime.

-¿Dónde podemos colgar los carteles de la fiesta de fin de curso?

-Anda, dámelos y ya lo veo yo. -Para fiestas estaba.

-Que no se te olviden que es el viernes que viene. -Los chicos como Lucas siempre tienen una ilusión tremenda con estas cosas. Puede que en unos años incluso deje de ir.

Me fui hacia la secretaría. Me encontré con alumnos esperando para entrar en el Aula Magna, había un examen y todos andaban con los apuntes como locos. Recordé esos momentos antes de entrar, y después cuando eliges asiento y cuando te reparten el folio boca abajo y haces por distinguir alguna palabra, como si ganaras algo con eso. Y al darle la vuelta cómo buscaba la pregunta que me resultara más fácil y al final empezaba por la primera. Cuando te faltaba tiempo y cuando te sobraba. Y cuando el empollón de turno siempre salía del examen diciendo que iba a suspender. Y la sensación de haber terminado, que en realidad solo dura unos momentos porque siempre hay un próximo examen y nunca se tiene muy claro cuando es el último. Aunque de momento yo creo que había terminado.

Bajé de secretaría y ya habían entrado, se escuchaba un palmeteo de sillas arriba y abajo y a los pocos segundos un silencio autoritario.

Entré en el baño y estaba el triste de Rafael Ortiz, y frente al espejo me vi cierto parecido en la mirada. Ahora que iba a marcharme no tenía demasiado tiempo para nada y debía hacer algo o renunciar para siempre a Eva.

Puede que la fiesta fuera una buena excusa, los profesores más jóvenes suelen ir y aunque a mí siempre me invitaban solía pasar de ese rollo, porque llega un día en que sabes que la única forma de evitar situaciones complicadas con alumnas complicadas es no encerrarte con música y alcohol bajo el mismo techo con ellas.

He de reconocer que la idea me animó bastante y puse algunos carteles, el primero en la sala de descanso de profesores.

Remoloneé bastante por si aparecía Eva, pero no fue así, pero al pasar por la puerta de su despacho estaba abierta.

-¿Se puede?

-Dime Martín. -Con una sonrisa, porque todo lo dice con su sonrisa rosa, rosa como un globo de chicle.

-Acabo de poner el cartel de la fiesta de fin de curso. ¿Tú sabes si vais muchos profesores?

-Ni idea, no he hablado con nadie del tema todavía.

-Verás, es que el año que viene me marcho de aquí y me parecía una buena ocasión para despedirme de todos y tomarnos algo.

-¡No me digas! ¿Y eso?

-He pedido otra plaza. -No sé muy bien por qué mentí.

-¿Tan hartos te tenemos?

-No mujer, pero me venía mejor.

-¡Qué pena! Te echaremos de menos. -Esperaba que ese plural fuera de cortesía.

-Pues lo hablaré con el resto y vamos viéndolo.

-Ok, te dejo trabajar.

Me fui bastante satisfecho. En el camino tuve que saltar por encima de un grupo de alumnos indignados que iban a una revisión y se habían sentado en el pasillo. Es divertido escuchar siempre el mismo tipo de frases, que por otro lado están llenas de una esperanza casi pueril bastante tierna: “es imposible determinar dos décimas en este tipo de examen”, o “qué más da hacer la media a partir del cuatro que del cuatro y medio” o “no es normal que este hombre siempre suspenda a más de la mitad de la clase” y alguien que pregunta “¿cuántas convocatorias puedes gastar hasta llegar a la de gracia?”.

Y nace una empatía nunca vista entre frikis, deportistas, hippies y guapos, porque no hay nada como un enemigo común para unir a las especies.

Y así pasó una semana más sin grandes cambios, aunque sí con algunos detalles. A Lucía, que salía con un chico de su clase, la empecé a ver con otro que jugaba al baloncesto. El chico, que no

recuerdo cómo se llama, evitaba cruzarse con ella y cuando la veía aparecer se ponía en la cola de la copistería. La Señorita Navarro me contó que estuvo el fin de semana en la playa, estuvo en un viaje de "singles" y bailó tanto que venía con agujetas. Rafael empezó a venir afeitado y cambió las camisas de mangas largas por polos, incluso algunos de colores, y parecía que esos colores le levantaban un poco más los pies del suelo. Se ve que la inmediatez del verano trae consigo algo de ilusión.

Por mi parte sí esperaba este viernes con ilusión. Viendo que no me decía nada le pregunté de nuevo a Eva y me comentó que algunos profesores sí pasarían, y que ella lo intentaría. Esa respuesta no me dejó muy contento que digamos, pero era lo que tenía y no le volví a insistir por temor a que me metiera en el plano de "pesados".

Llegó el viernes por la mañana y como casi todos los viernes Eva no vino. Así que estuve toda la tarde pensando si debía ir pero la verdad es que no tenía nada mejor que hacer. Me planché incluso una camisa y allí que me presenté. Era en un local de enfrente de la Escuela y reconozco que me hizo bastante ilusión la alegría de los alumnos cuando me vieron llegar.

Busqué con la vista a Eva pero de momento nada de nada. Estuve hablando con los chicos sobre motos, coches y después sobre chicas y también hablé con las chicas sobre música, sobre alquileres y zonas para vivir y sobre relaciones difíciles. Es agradable hablar con personas que te recuerdan a ti cuando no habías sufrido, ni habías tenido fracasos, cuando todo eran ilusiones y grandes esperanzas. Y llegó Eva, yo seguía en la barra hablando con unas chicas de último curso y pasaron al menos cinco minutos hasta que me giré y la llamé.

-¡Eva! ¡Qué bien que hayas venido!

-Si, tenía mis dudas pero al final aquí estoy.

-Estupendo ¿qué tomas?

-Un refresco de naranja. -Naranja como sus mejillas, un naranja de melocotón.

-¡Marchando!

Y nos quedamos en la barra, intenté hablar de cosas de las que nunca habíamos hablado, de dónde vivía, qué le gustaba hacer fuera de allí, me hubiera gustado preguntarle si alguna vez se había enamorado, si la habían abandonado, si siempre quiso ser profesora o si sus padres vivían.

-¿Y qué te gusta hacer cuando sales de tu despacho?

-Nada especial, supongo.

Noté que esquivaba mis preguntas y mi mirada o simplemente miraba hacia la puerta.

Entonces sonrió, pero no a mi, ni me di cuenta cuando como un reloj, un reloj de pie estilo inglés, apareció Rafael Ortiz y la agarró desde atrás por la cintura y le dio un beso, un beso en sus labios de chicle rosa.

Sus mejillas pasaron del melocotón amarillo-naranja al melocotón naranja-rojo y mis ilusiones y preguntas quedaron aplastadas entre sus labios.

Pasó un rato hasta que decidí que ya no importaba si me marchaba o no y parece que solo pasó un rato hasta que pasó el verano y llegué a la Facultad de Derecho.

Acaba de empezar el curso y he llegado un rato antes. Aquí hay un parking techado para las motos pero supongo que prefiero llegar antes que la marabunta. Una marabunta nueva, algo distinta a la anterior pero solo en pequeños detalles, detalles que a nadie le importan, detalles como las preciosas orejas sin lóbulos de esa profesora de Civil.